
JAMES CRUMLEY
UN CASO EQUIVOCADO



E T I Q U E T A



N E G R A

Milo Milodragovitch es un exitoso abogado de divorcios que ahora prefiere pasar sus días bebiendo y mirando por la ventana. Todo eso cambia cuando Helen Duffy entra a su oficina y le pide que encuentre a su hermano supuestamente desaparecido en aquella zona del país donde aún bate mucha de la vida del viejo oeste.

Aunque no es su línea de trabajo habitual, Milo acepta ayudar: necesita el dinero y quiere pasar más tiempo con esta hermosa mujer. Pero esto está lejos de ser un caso rutinario, y los rumores de un crimen pasado acechan cada movimiento de Milo...

James Crumley es un experto explotador del oeste americano y toda la mitología que le rodea y lo demuestra una vez en esta novela llena de sexualidad, pasión y entretenimiento a niveles pirotécnicos.

NOTA

James Crumley, texano vecindado en Montana y nacido en 1939, es uno de los grandes renovadores de la novela policíaca norteamericana. No cuesta trabajo decir que, junto con Roger Simon, James Ellroy, Bob Leuci, Gerald Petievich, Nat Hentoff y Dick Lochte, ha metido de un golpe nuestra literatura en los años 80.

Con ellos llega un nuevo realismo, un nuevo tono, que mucho tiene en su origen de la resaca social que ha dejado la generación de los años 60, los combatientes de y contra la guerra de Vietnam, los impenitentes rockeros, los hippies reconvertidos en animales urbanos con empleo no muy fijo, pero inatrapables del todo por la sociedad de consumo en su forma más autista.

No es accidental que su primera novela sea una soberbia reflexión sobre la guerra de Vietnam, Uno para contar el ritmo (publicada en nuestra colección paralela Gran Etiqueta) originalmente editada en una fecha tan temprana como 1969, y que ha sido considerada por la crítica de Estados Unidos como el libro más importante de esa generación.

Tras una serie de experiencias en la docencia en los estados del oeste, como Texas, Arkansas y Montana, se decanta por la literatura criminal, prosiguiendo una frustrada experiencia de adolescencia cuando a los 12 años escribió una novela policíaca imitando a Mickey Spillane.

Crumley ha escrito tres novelas policíacas y está en camino una cuarta. La primera de ellas sería El caso equivocado en 1965, a la que habrían de seguir El último buen beso en el 78 y Oso bailarín, de próxima aparición en Etiqueta

Negra (n ° 138), en 1983. Esta escasa obra (tres novelas en escasos diez años), publicada en colecciones de literatura no policíaca como Contemporáneos, de la prestigiada editorial Vintage Books, ha logrado sin embargo colocar a su autor entre las figuras más importantes de la renovación del género.

PITT II

Para Peggy.

Muchas gracias a Lee Nye
por prestarme sus rostros,
y a Gil y Jean Findlay por darme cobijo.

Nunca te acuestes con una mujer que tenga más problemas que tú.

LEW ARCHER.

UNO

Las leyes son imprevisibles. Como los cambios que llevan a cabo los hombres y el tiempo. Durante casi ochenta años solo se podía conseguir un divorcio en nuestro estado si uno de los cónyuges era condenado por un delito o sorprendido cometiendo adulterio. Ni siquiera los malos tratos ni la locura eran motivos válidos. Y en los diez años transcurridos desde que renuncié al puesto de ayudante del *sheriff* del condado, me había podido ganar la vida cómodamente, sirviéndome de aquellas leyes anticuadas. Pero de pronto las autoridades del estado, reunidas en sesión especial, me dejaron sin trabajo al decidir que ya era hora de civilizarlas un poco. Ahora nos encontramos con que un matrimonio se puede disolver por incompatibilidad de caracteres. Esta inesperada decisión de los legisladores dejó sorprendidos tanto a los que estaban a favor como en contra de la reforma, pero a mí más que a nadie. Me pasé dos días encerrado en mi oficina bebiendo, contemplando el paisaje y meditando sobre mi futuro, ahora repentinamente incierto. Tenía bastante mejor aspecto el paisaje que mi porvenir.

Mi oficina está en la cuarta planta del Edificio Milodragovitch. Heredé el edificio de mi abuelo, pero la mayor parte de los beneficios va a parar a la junta directiva, a mi primera exmujer y a la hacienda de mi segunda exmujer. A mí me queda un alquiler barato y el paisaje. Por lo menos cuando el viento del este no sopla desde el aserradero o la contaminación no encapota el valle de Meriwether como un tapón en un tanque de ácido. Desde las ventanas que

dan al norte, puedo contemplar el desfiladero del Infierno y los tres mil acres de bosque, heredados también de mi abuelo, que se extienden hasta los picos de la cordillera del Diablo. Hacia el oeste, más acá de los ruinosos arrabales de Meriwether que asoman por ese lado, el valle se despliega como una exuberante alfombra verde entre los escarpados promontorios de roca. En el extremo norte del valle surge majestuosamente el Pico Sheba, recubierto de nieve hasta bien entrado el verano, redondeado y blanco como el pecho de una joven; de una mujer concebida en sueños por un sucio minero. Esos sueños que solo el oro o la plata podrían comprar.

Eché un trago a la salud del paisaje. De ahora en adelante no se requerirían mis servicios en los casos de divorcio, y ninguna de las alternativas profesionales que me quedaban me resultaba demasiado halagüeña. Me podría dedicar a cobrar a los morosos que hubieran adquirido coches usados o electrodomésticos mediante el sistema de letras, persiguiendo a los deudores como si fuera el perro guardián de una especie de infierno financiero. Podría hacerlo, pero sabía que no lo haría. Como tampoco podría vivir con los cuarenta y siete pavos con calderilla que me quedaban todos los meses por el alquiler de algunas oficinas, ni talar los acres de bosque que me había dejado mi abuelo, ni convencer a los administradores de la hacienda de mi padre para que me entregaran una parte de su fortuna antes de que cumpliera los cincuenta y tres años. Lo que sí podía hacer era echar otro trago y escrutar la oficina en busca de posibles soluciones.

En la vieja y anticuada caja fuerte del rincón, recuerdo de la época en que mi abuelo era banquero, no quedaban más que dos mil dólares que habían sido evadidos al fisco. Los tres archivadores llenos de informes relacionados con casos de divorcio no resultarían de interés ni para la gente que estaba registrada allí. El retrato de mi bisabuelo, hecho por un famoso artista de Western, podría tener algún valor,

pero me parecía desalmado pensar en vender a mi bisabuelo. En todo caso vendería los tres mil acres de bosque. O la vieja mesa y la alfombra oriental, tan ajadas que quizá las podría hacer pasar por antigüedades; quemadas por innumerables cigarrillos y manchadas con los restos de odio y sufrimiento que habían ido acumulando en mi oficina esposas y maridos en trámite de divorcio. Eso era lo único que yo podía ofrecer: tristeza y años perdidos.

Como la mayoría de los hombres que beben demasiado, me había pasado la mayor parte de mi vida considerando mi sombrío futuro, cosa que había dejado de hacerme gracia. Así que me tomé otra copa y me acerqué a la ventana para ver qué hacía la gente feliz y trabajadora de Meriwether. Hubo un tiempo en que los Milodragovitch habíamos sido peces gordos en esta ciudad, pero hoy en día la única manera que tenía yo de mirar a los demás por encima del hombro era desde aquella ventana. Había terminado la hora de comer. La gente se dirigía de nuevo a sus trabajos, volvía a las oficinas y a las tiendas en sus coches con aire acondicionado, a pesar de que el ambiente era más bien primaveral que veraniego. Yo nunca había tenido un coche con aire acondicionado. Eso me hacía sentirme vagamente superior a ellos. Hasta agosto por lo menos.

Una mujer de pelo gris, moderna y elegantemente vestida, salía por la puerta lateral del banco que ocupaba la planta baja del edificio. Se detuvo a rebuscar algo en su bolso abierto, cuando la sorprendió un joven melencólico que se lo arrebató a la carrera y huyó cruzando atolondradamente la calle, como un torpe pájaro que quisiera echar a volar. El chico consiguió esquivar el tráfico que bajaba por la calle Main, pero chocó contra un coche que reducía velocidad para doblar a la derecha por la calle Dottle. Reculó, intentando girarse, con una sonrisa de idiotez en el rostro, y fue a parar al otro carril. El conductor del coche que le pegó no tuvo tiempo ni de tocar el freno; se estrelló contra él con toda la fuerza de un buen puñetazo. El chico rodó

contra el capó, lanzando el bolso de la vieja por los aires. Los contenidos del bolso se dispersaron por el aire mientras él caía del capó al centro de la calzada. Otra vieja que se aproximaba en un cochazo y que no se había dado cuenta de nada giró ilegalmente a la izquierda para entrar en la calle Dottle y lo atropelló con las dos ruedas de la derecha. El chico se quedó atascado debajo de la defensa de atrás y la vieja lo arrastró más de media manzana antes de detenerse.

Nunca se me había ocurrido que un tirón de bolso pudiera ser algo tan arriesgado; me pregunté qué apremiante necesidad habría empujado al chico a dedicarse a robar por la calle. La delincuencia callejera no era demasiado frecuente en Meriwether, quizá debido en cierto modo a que todavía imperaba la ley del Oeste: dispara primero y pide perdón a los supervivientes después. Poco importaban ahora los motivos que hubiera tenido: estaba muerto, aplastado debajo del coche como el cadáver de un animal después de una cacería. La vieja que había sufrido el tirón iba de un lado a otro recogiendo los restos de su bolso y examinándolos cuidadosamente. El primer conductor comprobaba los desperfectos de su automóvil. Un poco más arriba, ayudaban a la otra vieja a salir del cochazo como una inválida.

Era un delicioso día de verano, fresco y libre de contaminación. Los transeúntes se apelotonaban junto al lugar del suceso como moscas atrapadas. Pero cuando la primera sirena rasgó el aire se dispersaron, volviendo rápidamente a sus asuntos. Excepto el chico, encajonado debajo del coche, y una mujer que estaba al otro lado de la calle, enfrente del edificio. Sostenía un bolso de color rosa delante de la boca, como si fuera un secreto que estaría dispuesta a tragarse antes que a revelar. Desde donde yo estaba no tenía mal aspecto. Un buen tipo, las piernas bonitas. Su pelo rojo parecía llamear por contraste con el rosa del vestido.

Era de esa clase de mujeres que no frecuentaban bares ni se relacionaba con individuos como yo.

Al cambiar el semáforo empezó a cruzar la calle y dio un traspié, rompiendo el encanto. Volví a la mesa, sorbí otro trago de whisky y abrí un yogur de arándano. Controlo mi peso; no me gustaría tener pinta de borracho.

Mientras comía me concentré en las decisiones pequeñas, dejando que el problema de mi futuro se resolviera solo. Sabía que si seguía bebiendo probablemente acabaría emborrachándome en lugar de acercarme a la universidad para jugar un partido de pelota con mi amigo Dick Diamond, pero le pegué otro trago a la botella para demostrarme a mí mismo que era capaz de hacer ambas cosas. Echar el trago, dominar la borrachera y jugar a la pelota. Ese era el plan. Entonces oí cómo alguien llamaba tímidamente a la puerta. Siempre hay gente llamando tímidamente a las puertas de los detectives privados, así que no salté de mi asiento para entrar apresuradamente en acción. En la época en la que mi negocio todavía funcionaba hubiera escondido la botella y el yogur a medio acabar y me hubiera calzado las botas para acudir a la puerta, actuando como si en realidad fuera dueño de la situación. Ahora ya no. Lo dejé todo como estaba y no me molesté ni en responder hasta que volvieron a llamar.

—Váyase —dije. Pero tendría que haber elevado más la voz.

La mujer del vestido rosa abrió la puerta y asomó la cabeza, con la expresión de un niño que esperara que el dentista se hubiera marchado a comer. Aunque cuando entró en la oficina pude comprobar que no era ninguna niña. Tendría unos treinta y cinco años bien llevados. Más que con sacrificios, los había conservado tratándolos bien. Y no había hecho un mal trabajo. Tenía un cuerpo firme y esbelto bajo el vestido. El pelo, espeso y rojo, lo llevaba recogido, dejando al descubierto una cara dulce con algunas pecas. Las lentes de contacto daban un aire vago y soñador a

sus ojos, ligeramente miopes. Su boca pintada parecía generosa a pesar de la manera en que fruncía los labios.

—Lo siento —dijo suavemente, como si pensara que no estaba a la altura de mis exigencias. Se había quedado de pie junto a la puerta. Decidí que el lápiz de labios, que le hubiera quedado mal a cualquier otra mujer, le sentaba a ella perfectamente, como si todavía tuviera edad para jugar con esas cosas o para escoger el color de lápiz de labios porque le gustaba y no porque le sentara bien.

—Lo siento —repetió, como si se tratara de una especie de santo y seña.

—Yo también. La oficina del dentista está cuatro puertas más abajo. Tenemos el mismo apellido porque somos primos. Yo soy famoso, pero él es rico.

—Pero si yo no... no estaba buscando al dentista —dijo nerviosa, llevándose el bolso a la boca otra vez. El bolso parecía formar parte del mismo lote que las zapatillas de verano que calzaba.

—No me estará buscando a mí, ¿verdad? —pregunté—. ¿Acaso no lee los periódicos? Ya no hay divorcios en este estado. Solo disoluciones matrimoniales. Lo puede hacer usted misma por treinta y cuatro dólares con cincuenta. Yo cobro cien al día, más gastos. Y un mínimo de tres días.

—No soy de aquí —dijo, como si eso lo explicara todo—. Y no estoy casada.

—Eso está muy bien.

—¿El qué?

—Que no esté casada. Los matrimonios pueden ser un follón. Y resultar caros. Que me lo pregunten a mí.

—Lo siento —volvió a decir—. ¿Le importa que me sienta? Acabo de ver un accidente terrible. En la calle. Han atropellado a un pobre muchacho. Ha sido horrible. Estoy muy afectada.

—Faltaría más —contesté, levantándome al tiempo que me maldecía a mí mismo por no haberme puesto las botas—. Siéntese, por favor.

Cerró la puerta suavemente y se dirigió hacia la silla que le ofrecí. Me pisó un pie y estuvo a punto de tirar la silla cuando se sentó.

—Lo siento.

—No tiene importancia —dije, guareciéndome detrás de la mesa. Me calcé las botas y me senté.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—He interrumpido su almuerzo, ¿verdad?

—No se preocupe.

—No, por favor. Acabe de almorzar. Esperaré.

No quería discutir con ella, así que me tomé una cucharada de yogur y saqué mi libreta de notas. Le volví a preguntar si podía ayudarla en algo.

—Bueno, un viejo amigo me recomendó que viniera a verle. Me dijo que quizás usted podría ayudarme.

—¿Quién? —pregunté, sin añadir que no me parecía la clase de mujer que pudiera necesitar mi ayuda.

—Prefiero no decirlo, si no le importa.

—¿Por qué habría de importarme?

—No lo sé —respondió, como una niña.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte, ¿sabe?

—Supongo que no —dijo.

—Empezaremos con las preguntas fáciles, ¿de acuerdo?

—Perdóneme. He tenido que soportar muchas cosas últimamente. Y luego al ver cómo atropellaban a ese muchacho casi me vine abajo por completo. Si me permitiera un momento...

—Por supuesto. Tómese su tiempo. ¿Le gustaría beber algo?

Sacudió rápidamente la cabeza, como si tuviera un mal sabor en la boca. Le cayeron algunos cabellos rojos por la frente. Se los recogió suspirando y cambió de opinión.

—Sí, creo que tomaré algo. Quizá me ayude. Y al fin y al cabo ya ha pasado la hora de comer, ¿verdad? ¿Me podría tomar un cóctel de whisky con zumo de limón? —preguntó tímidamente, y se reclinó en la silla, arreglándose la falda y

mirándome con expectación, como si fuera su camarero favorito. Me observó en silencio, sonriéndome tan dulcemente que supe que no tendría más remedio que sacar dos cócteles de whisky con limón de donde fuera.

Me habían pedido muchas cosas raras en aquella oficina. Maridos que querían que hiciera obscenidades conmigo mismo cuando descubrían que sus mujeres eran precisamente las zorras que ellos habían sospechado. O cuando descubrían lo caros que resultaban mis servicios. Las mujeres me habían hecho toda clase de proposiciones deshonestas. Generalmente relacionadas con mis honorarios. Querían pagarme en especie, y a veces se enfadaban cuando yo aceptaba sus ofertas pero además quería cobrar. Algunas de las ideas que se les ocurrían en mi oficina a ciertas esposas airadas y ofendidas eran de lo más extraño. Pero nunca me había pedido nadie que preparara un cóctel de whisky con zumo de limón.

—De acuerdo —dije—, marchando un cóctel de whisky.

Ella sonrió y cruzó las piernas, dándole una patada a la mesa y dejando al descubierto un turgente muslo al mismo tiempo.

Llamé a Mahoney's, que está a cuarenta pasos rápidos de mi oficina, y le pedí a Leo que me preparara dos cócteles de whisky con zumo de limón en vasos de plástico para que Simon los trajera a la oficina. Leo gruñó un poco, murmurando no sé qué de bebidas de fantasía y cuentas sin pagar, pero me dijo que intentaría recordar cómo se preparaba un cóctel de whisky. Mahoney's es un bar de borrachos, y a todo aquel que pida algo más rebuscado que un whisky con soda se le cataloga automáticamente como marica o forastero.

—Enseguida nos traen las copas —dije, después de que Leo me colgara el teléfono.

—¿Es eso legal? —me preguntó, preocupada.

—Por supuesto. Esto es el gran Oeste americano, donde los hombres vinieron a escaparse de las leyes. Casi todo

es legal en este estado. Y muchas cosas que son ilegales se hacen a pesar de la ley. Puedes pedir diez cócteles de whisky y luego coger el coche y echarte a correr por las carreteras a la velocidad que te dé la gana. Puedes matar a tu mujer y a su amante en un arrebató, preferiblemente de pasión, y te caerán como máximo cinco años, y aun así te suspenderán la sentencia. Todo legalmente. Para los que prefieran el juego o las drogas, que todavía son ilegales, a menos de tres manzanas de aquí se pueden encontrar juegos y máquinas tragaperras para todos los gustos, o comprar directamente en la calle cualquier tipo de droga, menos heroína. Así que no se preocupe porque haya pedido dos copas por teléfono.

—Está bien —dijo—, no me preocuparé. Por favor, siga con su almuerzo.

Mientras me terminaba lo que quedaba del yogur se esforzó en mantener una apariencia tranquila y despreocupada. Sujetaba el bolso entre las piernas y se hurgaba la piel de los pulgares. De cerca tenía un aspecto más infantil, nervioso e inquieto, como el de una chiquilla que acudiera a su primera cita. Parecía pertenecer a ese tipo de mujeres torpes y atolondradas que necesitan siempre ayuda para encontrar la ropa, que no recuerdan nunca dónde han dejado las cosas —los guantes y las gafas, las horquillas y las cintas para el pelo— y que inevitablemente acaban dando vueltas por la habitación sonriendo tímidamente y buscando en los lugares equivocados. Pensé que eso me gustaría. Hacía mucho tiempo que no había estado con una mujer capaz de ser inocente y vulnerable. No es que no me gusten las mujeres fuertes y seguras de sí mismas, pero la mayoría de las mujeres que conocía eran tan duras que podrían partir una piedra con el corazón. Decidí que esta mujer me gustaba. Quizá más de lo que debería, a tan corto plazo. Cualquiera que fuera su problema, me propuse consolarla hasta que se diera cuenta de que no podía hacer gran cosa por ella. Tomaríamos un par de copas en la ofici-